

---

## *Problemas de la teoría política a partir de América Latina\**

Gildo Marçal Brandão\*\*

El telón de fondo de esta reflexión sobre algunos problemas de la teoría política en, y a partir de, América Latina es la situación brasileña, no sólo por mi conocimiento directo de la misma, sino también por los grados de institucionalización académica diferentes de las ciencias sociales en nuestros países. Diferencia que probablemente tiene que ver con el impacto desigual que los regímenes militares tuvieron en las comunidades universitarias –en algunas el escenario pos-autoritario fue de verdadera tierra arrasada; en otras, las dictaduras reprimieron la crítica y simultáneamente favorecieron la implementación de sistemas de postgrado – y con la forma en que estas comunidades practicaron estrategias de sobrevivencia y crecimiento. Sin embargo, en todos los casos la extensión de la derrota ideológica de la izquierda, el predominio asfixiante del liberalismo, la transformación de los Estados Unidos en modelo indisputado de la buena vida y de la buena teoría, y las políticas de fomento a la investigación adoptadas, han llevado a una progresiva ‘americanización’ de las ciencias sociales, en un movimiento que rompe con las mejores tradiciones latinoamericanas de *global trader* intelectual y restaura un colonialismo mental que parecía abandonado desde los tiempos de las teorías del subdesarrollo.

---

\* Este texto retoma y amplía argumentos contenidos en Galvão Quirin, Célia 1998 *Teoría Política y Institucionalização Acadêmica*.

\*\* Profesor del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de São Paulo, coordinador científico del Núcleo de Apoio à Pesquisa sobre Democratização e Desenvolvimento.

De cualquier manera, es sintomático el resurgimiento, en América Latina y en el Brasil, del interés por la teoría –social y política– en un momento en el que la batalla por la institucionalización académica de las ciencias sociales parece haber sido definitivamente victoriosa. También es significativo que la aparición de intervenciones, que revelan una cierta incomodidad con algunos resultados de esa tarea, salga a la luz cuando las presiones de las agencias financiadoras de investigación y las disputas metodológicas internas a las propias disciplinas parecen forzar a un nuevo paso en el sentido de la clasificación unidimensional de la actividad científica y de una readecuación de la formación del cientista social. Es estimulante que este resurgimiento del interés ocurra cuando la profundidad de la crisis intelectual y la velocidad de las transformaciones económicas, sociales, tecnológicas y políticas contemporáneas están haciendo estallar los marcos putrefactos de nuestro pensamiento, tanto en su versión apocalíptica como en la integrada.

En la experiencia brasileña, la profesionalización de las ciencias sociales y las inversiones en el sentido de construcción de la teoría caminaron en sentidos opuestos. Como aludió Gabriel Cohn en su intervención en el *Encontro da Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais*, los intentos más ambiciosos de producir teoría simultáneamente estimulante de la investigación empírica, actualizada frente a los desarrollos de la filosofía y de la reflexión metodológica internacional y sólidamente anclada en la defensa de la relevancia de los proyectos intelectuales para la vida pública, se agotaron en el inicio de los '60 con la polémica entre Guerreiro Ramos y Florestan Fernandes sobre la naturaleza y el papel de la teoría social. Después de eso, a lo largo del proceso de institucionalización de la ciencia académica durante el período militar, la teoría se transformará en un instrumento para ser utilizado de forma puntual, al tiempo que se produce una politización exacerbada de la ciencia social<sup>1</sup>.

Es nítido, en este punto, el desfase entre las ambiciones de las cuales partimos, marcadas por la voluntad de responder al desafío marx-weberiano de producir un conocimiento capaz de enfrentarse con los demonios de nuestro tiempo, y algunos de los resultados a los cuales llegamos, cuando se intenta imponer la hegemonía de un 'partido académico' que secciona el conocimiento en latifundios autárquicos, reifica el método con independencia del objeto que se quiere investigar, y reduce la formación científica al aprendizaje y al refinamiento de procedimientos técnicos al tiempo que *externa corporis* profesa una fe desmedida en la ingeniería institucional, que entretanto no exige la mediación de los políticos profesionales en la vida pública.

Al contrario de la sociología de la vida intelectual que se construye a sí misma en sociología del conocimiento, no es posible explicar esta diferencia por las disputas políticas internas de la actividad académica o suponer que es el resultado, esencialmente, de las elecciones racionales de la élite de los académicos o de las estrategias micropolíticas de las *coteries*. Este hiato entre las ambiciones y los resultados también está ligado a los efectos perversos de nuestra historia política reciente y a los cambios en la propia

estructura y en los modos de ser de la sociedad, lo que por otro lado asegura su no gratuidad. Evidentemente, no pasa por la cabeza de nadie dejar de lado lo que se conquistó durante esos veinte o treinta años, pero es preciso no minimizar la percepción de que alguna cosa se perdió en este proceso. Por eso mismo, los resultados que conmemoramos hoy, como diría el poeta Luis Vaz de Camões, 'diferentes em tudo da esperança', relativizan el discurso auto-congratulatorio en el momento de su triunfo.

Tratándose de la ciencia política, ese malestar tiene nombre y se manifiesta como retorno del debate sobre la cuestión de la teoría, hasta ahora reprimida por la ya mencionada politización exacerbada de la ciencia social, y también, quién sabe, primordialmente por la menos reconocida absorción acrítica de los resultados de la antigua 'revolución conductivista' y de la moderna 'institucionalista', que juntas contribuyeron a hacer olvidar la reflexión metodológica sobre los presupuestos conceptuales de la actividad de investigación que se estaba haciendo para fomentar el analfabetismo generalizado en cuanto a los problemas formales de la exposición y para encerrar la vocación en los estrechos límites de la profesión. Desde este punto de vista, los términos usados por Sheldon S. Wolin para combatir la *metodolatria*, y también los de Isaiah Berlin para criticar una ciencia política que no está destinada a educar el discernimiento político, continúan siendo plenamente actuales<sup>2</sup>.

De cualquier forma, quien en las ciencias humanas habla de teoría está condenado a enfrentar el problema de la relación entre ciencia y filosofía por un lado, y de la relación entre teoría y la investigación empírica e historiográfica por otro, dado que ambas constituyen el campo neurálgico de la discusión. No existe una separación radical entre ambas. De hecho, la cuestión del método constituye la intersección entre las dos, sobre todo si la entendemos más en el sentido kantiano de crítica al conocimiento que como algo limitado a la utilización y al aprendizaje escolar de técnicas y procedimientos de investigación.

Por otro lado, y al contrario de las ciencias naturales, que precisan olvidar sus fundadores, las ciencias sociales no avanzan a no ser rehaciendo su propio camino y, por eso mismo la cuestión de los clásicos les es constitutiva: está inscrita en su propia estructura y en su modo de ser<sup>3</sup>. En el caso de la ciencia política esta amplia temática se ve exacerbada por la relación, ineludible, de la disciplina con su propia tradición - con el hecho de que ella no puede dejar de relacionarse con la historia (secular) de la teoría política, con pensadores que a pesar de no haber tenido la 'cuestionable dicha' de ser nuestros contemporáneos<sup>4</sup> establecieron modelos, crearon categorías, evidenciaron dilemas y nos legaron reflexiones sobre la experiencia humana y las instituciones políticas sin las cuales no se puede pensar<sup>5</sup>.

Esta relación con la tradición se torna dramática en una ciencia política joven como la nuestra, en la medida en que a la apropiación de los clásicos y la capacidad de interpelar a partir de su circunstancia a los grandes textos fundadores son criterios seguros para cotejar la madurez intelectual de un país. Como dice Luiz Werneck Vianna (1997: ix):

“Se puede cotejar la madurez de la reflexión intelectual de un país, particularmente los del capitalismo atrasado, por su aptitud para apropiarse de la tradición clásica de un ramo determinado del saber. Esto hecho es todavía más expresivo cuando su cultura nacional no se limita a traducir los clásicos, sino que se empeña en la reconstitución de su trayectoria, en la interrogación de sus motivaciones e intenta, por esfuerzo propio, analizar el significado de sus contribuciones. En la apropiación de la tradición clásica, por mayor que sea el rigor del intérprete, el inventario de ideas es colocado, inevitablemente, bajo una nueva luz: indagado por una cultura distante de la propia, y que lo evoca a fin de establecer cimientos intelectuales propios, cada autor clásico en cierto modo nace otra vez, pudiendo incluso experimentar desarrollos ignorados en su contexto de origen”.

Hay evidentemente quien se resiste a entenderlo, como ese analfabetismo ilustrado que se vincula exclusivamente con tablas y números, y que se molesta con la enésima lectura de Maquiavelo, Hobbes o Rousseau, sin siquiera advertir que no hay ejemplo de ciencia política en el mundo que las haya dispensado. A pesar de que en nuestro continente estamos comenzado a hacer las primeras lecturas de los clásicos, ya algunos de los análisis que están siendo producidos son interpretaciones de nivel internacional y, convengamos, bastante innovadoras. El hecho de que alguien como Machado de Assis todavía no sea internacionalmente reconocido en pie de igualdad con un Dostoievski o un Henry James –para citar un ejemplo del campo más institucionalizado de la literatura–, o de que tengamos que tragarnos un Anthony Giddens haciendo apología de su propio papel en la fijación de la tríada de clásicos de la sociología –introducción de su *Política, Sociología y Teoría Social* (1998)– cuando Florestan Fernandes ya la había delineado de mejor forma veinte años antes, tiene poco que ver con criterios literarios, y mucho con realidades sociales, económicas, geográficas y políticas. En este sentido, si no queremos condenarnos a comparecer en el mercado internacional de ideas apenas como productores de materia prima tropical para consumo e industrialización por parte de los intelectuales de los países centrales, la producción de teoría de primera calidad y la realización de lecturas innovadoras de los grandes pensadores políticos parecen ser un desafío institucional ineludible<sup>6</sup>.

Lejos estoy de pretender cubrir aquí todos estos temas. Mi objetivo es acotado. Preocupado con la construcción de mi objeto, esbozaré dos o tres argumentos sobre lo que parecen constituir principios fundantes de la ciencia política institucionalizada: la compartimentalización del saber, la ruptura entre lo normativo y lo empírico, y la separación entre la teoría política y la historia de las ideas políticas. En la tentativa de relativizarlos, propondré la constitución o la consolidación de la teoría política como un área de investigación interdisciplinaria, autónoma intelectualmente, capaz de servir a la educación política de hombres socialmente empeñados y de contribuir para la internacionalización activa y no pasiva de la ciencia social que se hace en América Latina y en el Brasil.

Mi argumento parte de la tesis de que, si la teoría no es apenas una hipótesis de trabajo que se muestra útil para el funcionamiento del sistema dominante, sino, como quiere Horkheimer (1975), es un momento inseparable del esfuerzo histórico de crear un mundo que satisfaga las necesidades y fuerzas humanas, entonces el proyecto de construir Teoría Política no es posible sin relativizar principios básicos que han nortado buena parte de nuestra actividad académica.

De hecho, las ciencias sociales contemporáneas han caminado en otra dirección. Han trabajado con el presupuesto de que lo real es no sólo analítica, sino también ontológicamente divisible y pasible de ser descompuesto en sus elementos, cada pieza o parte teniendo en sí misma, en su desarrollo supuestamente immanente, el secreto de su propia existencia. La ciencia política, en especial, aún cuando admite tácitamente la pertinencia de otras variables, se ha desarrollado postulando que la dinámica del conflicto político e institucional guarda relaciones esencialmente externas y formales con procesos que ocurren “fuera” de ella, no siendo posible la reconstitución de la totalidad, ni relevante la exploración de la reciprocidad de las determinaciones en juego.

En consecuencia, ha operado en dos registros distintos pero complementarios: ha condenado al ostracismo los análisis de las estructuras sociales (privilegiando la acción colectiva de determinados actores en coyunturas dadas) y abandonado el campo de la larga duración a los historiadores –situación rápidamente acogida por éstos, que de manera alegre y soberbia colocan ‘a la política en su lugar’<sup>7</sup>. Y han dejado de lado la pretensión de formular teorías globales del cambio social en beneficio de teorías regionales y de alcance relativo, capaces de abarcar una diversidad de casos empíricos bajo un principio general. De la mano de los analíticos, esta orientación penetró inclusive en un terreno tradicionalmente refractario a este tipo de teorías, a juzgar por lo que dice Jon Elster (1989: 31), para quien lo que el marxismo precisa es el desarrollo de lo que Robert K. Merton llamaba ‘teorías de alcance medio’.

A juzgar por sus resultados y sin caer en el oscurantismo, no hay cómo negar el extraordinario avance propiciado por tal perspectiva, que favoreció la comprensión de una serie de fenómenos y ayudó a refinar nuestro entendimiento de ciertos procesos sectoriales. Y seguramente, el desafío del institucionalismo y la crítica al paradigma otrora dominante, según el cual procesos y variables políticas no pasan de subproductos de tendencias macrosociales y macroeconómicas, representó, por lo menos desde el punto de vista académico, una verdadera “carta de liberación” del análisis político, por otro lado potencializada por las notables transformaciones de la sociedad contemporánea, las cuales le confirieron legitimidad. No hay, entretanto, cómo no darse cuenta que esa reacción acabó cayendo en el extremo opuesto, reduciendo a la política a lo meramente institucional y tratándola como si ésta pudiera explicarse por sí misma. En esta medida, acabó también por reforzar la notable ceguera que, bajo el impacto de la crisis de las grandes teorías, una ciencia ‘societaria’ como la sociología y otra “estatista” como la economía, desarrollaron sobre los problemas duros del poder, de la dominación de clases y de la explotación.

Pero si es verdad que la política y la ciencia que le corresponde son, no una parte destacable de lo real, sino el estudio del complejo de actividades prácticas y teóricas por las cuales los que gobiernan no sólo justifican y mantienen su dominio, sino también el análisis de como los gobiernos logran obtener el consentimiento activo de los gobernados - o, en términos weberianos, el estudio del complejo de acciones, ideas y instituciones por medio de las cuales individuos y grupos demuestran su vocación para la dominación - entonces no basta desmenuzar el objeto entre una “política”, una “economía”, y otra “sociología”, especialmente si tenemos que confrontarnos con grandes transformaciones sociales, como las transformaciones morfológicas contemporáneas<sup>8</sup>. Por otro lado, no basta con refugiarse en formulaciones normativas para todo aquello que no se consigue fundamentar en términos materialistas.

En este sentido, llega a ser denodado el esfuerzo que se hace, especialmente en la ciencia política, para intentar olvidar que la fuente más común y permanente de los conflictos y de los procesos políticos continúa siendo aquello que Madison llamó ‘distribución variada y desigual de la propiedad’, y que el análisis de las formas institucionales de ‘dependencia de lo político frente a lo económico han sido el objeto, no el programa’, de cualquier teoría crítica digna de ese nombre<sup>9</sup>. Por eso mismo, no estamos condenados a tomar a los procesos políticos como variables independientes, y no se puede dejar de denunciar el carácter ideológico de esa operación, pues la verdadera dificultad analítica consiste no en el aislamiento, sino en la reconstrucción de los eslabones esenciales de la cadena y en el modo de integrarlos, o en la posibilidad de actuar sobre ellos: los *linkages* a través de los cuales acciones, instituciones, ideas y procesos se determinan recíprocamente. En esta medida, no sólo se torna inevitable apelar a la explicación histórica –la misma que la *political science* descartara tanto al separar intelectualmente el examen de los valores y de las instituciones del análisis de los procesos como al aceptar que la historia humana había alcanzado su plenitud- sino también es indispensable dejar de ser pensada la ‘autonomía de la política’ como autarquía, para tomarla como momento superior del conjunto de las relaciones sociales.

El objeto, en otras palabras, determina el método con el cual se lo abordará. Entendida de esta forma, la ciencia política:

“Ya no dispone de libertad para elegir y construir sus conceptos, dado que los comprende como dependientes del proceso histórico-social en su conjunto, y estructurados por él. Esta ciencia histórica de la sociedad no se alza aislada frente a su objeto, sino que se considera inserta en la sociedad en cuanto totalidad histórica. Por añadidura, queda condicionada por los intereses sociales que actúan en ella, del mismo modo en que el interés del científico por su objeto ejerce una influencia sobre la sociedad” (Kammler, 1971: 15).

Evidentemente, las diferencias entre las disciplinas científicas continúan en pie, una vez que no son puramente analíticas: las transformaciones en las formas de pensar reflejan modificaciones profundas en el propio ser social, en las formas de su reificación. Como mostraron Weber y Habermas, una de las características básicas del

mundo moderno es precisamente la creciente autonomización de las diferentes -pero relacionadas- esferas de la vida. Pero si no es posible eliminar la especialización por un acto de voluntad, tampoco es válido suponer que cualquier disciplina, o cualquier campo interno de una disciplina, que haya obtenido ciudadanía académica, corresponda necesariamente con las transformaciones e individualizaciones en el ser social. Aún si rechazamos el carácter absolutista y la falta de mediaciones de la crítica lukácsiana a la compartimentalización disciplinaria de las ciencias sociales, esto continúa no siendo verdadero, respondiendo antes a intereses desmedidos de las burocracias profesionales y apenas tangencialmente a las necesidades de la división social del trabajo intelectual. No se trata, por tanto, de ignorar esta división sino de relativizarla, de trascenderla, horizonte pluridimensional que lejos de ser utópico es reactualizado permanentemente por la exigencia, propia del movimiento del objeto, de implosión de las fronteras disciplinarias.

Planteada así la cuestión de esta manera, el punto decisivo a considerar es que la producción de un conocimiento capaz no sólo de clasificar hechos, identificar regularidades, generalizar proposiciones y encuadrarlas en sistemas conceptuales, sino también de entender las tendencias inmanentes al desarrollo de la sociedad global, y que además haya inscrito en su estructura analítica el interés por la organización racional de la actividad humana, exige y necesita del diálogo e inclusive de la alianza entre la ciencia social y la filosofía. No desconozco, por cierto, que con la crisis de las grandes teorías, con el retroceso hacia explicaciones *ad hoc* para la transformación social y con el énfasis compensatorio en el normativismo, las ciencias sociales fueron invadidas por una tendencia filosofante que recuperó lo peor del 'ensayismo' -su falta de rigor, la arbitrariedad formal y poca o ninguna preocupación por la investigación empírica- y proporcionando, *malgré lui même*, una apariencia de verdad al estilo de los viejos centuriones positivistas, que juzgan que investigación es lo que ellos hacen, y todo el resto es arcaísmo y pérdida de tiempo. Pero el hecho de que la pérdida de referenciales haya llevado a los científicos sociales a producir subfilosofía no implica necesariamente que la relación deba ser desconsiderada. Y eso no sólo porque ninguna ciencia social se agota en la explicación, sino también porque la filosofía no puede ser tomada sólo como una ideología pre-científica, y sí como una forma de reflexión, ineludible, que tanto ha formulado verdades fundamentales al respecto de la naturaleza humana y de las relaciones de los hombres entre sí y con el mundo, como también, en otras ocasiones, demostrado con mayor conciencia que la ciencia social convencional que en el terreno de las cosas humanas el modo de decir es tan importante como lo que se dice, el camino es tanto o más importante que el resultado al que se llega.

Si tal alianza es tan difícil de enunciar como de llevar a cabo, es porque ambos lados tienen una conciencia precaria de su mutua dependencia. De hecho, la mayoría de los filósofos piensa la política como una región circunscripta y derivada del saber, y la actividad política como la aplicación práctica de una filosofía o de una ética, y no como una forma de ver y de relacionarse con el mundo de forma consistente y

autosustentable. ‘Instituyentes’, pretenden formular principios fundantes de cualquier acción y apenas examinan el mundo a partir de las abstracciones que hacen de él. No casualmente, casi todos son una tragedia al intentar hacer política. Los científicos políticos acostumbran ser ingenieros institucionales y esa característica, que se expresa en la predominancia ya sea de los institucionalismos o de las teorías de la elección racional, acabó produciendo una enorme cantidad de estudios sobre gobierno, élites, administración, partidos y elecciones, los cuales ponen entre paréntesis a la sociedad y a la historia, reducen la categoría ‘poder’ a la noción de influencia y hablan de todo el resto, menos del lado demoníaco del poder: de la dominación. Desde una perspectiva diferente, aunque llegando a los mismos resultados, buena parte de aquello que por convención se dio en llamar *Teoría Política* dejó tiempo atrás de preocuparse por el análisis de los procesos reales y de las fuerzas reales que pueden llevar a la transformación o a la conservación del *status quo* en beneficio de reflexiones abstractas sobre el “buen gobierno”, sobre los principios de la “sociedad de justa”, o sobre los valores e imperativos que deberían pautar la conducta racional de los individuos, siempre con independencia de la naturaleza efectiva de las relaciones sociales reales.

Para mi argumento, entretanto, no es necesario admitir que las ciencias sociales precisan ser filosóficas para ser científicas<sup>10</sup> -es suficiente considerar que sin una alianza entre ellas no hay posibilidad de asumir a la construcción de la teoría como un proyecto<sup>11</sup>. En el caso que nos interesa, la teoría política es el lugar donde tal cooperación es posible, y sólo en este ámbito ella puede ser construida. En este sentido preciso, ella es menos una subdisciplina de una ciencia política estricta que un modo de interpelar –perdonando el anacronismo– la totalidad, la sociedad en su conjunto<sup>12</sup>.

No pretendo terminar con ninguna nota utópica<sup>13</sup>. Bien sé que una concepción unitaria y realista del mundo –la cual está subyacente, después de todo, en el modo de pensar la teoría política sugerido aquí– ya no cuenta siquiera con aquella garantía metodológica que un día se consideró propia de la dialéctica como método de análisis finalmente adecuado a las estructuras del capitalismo; como forma de pensamiento que, fuera de moda en las ciencias sociales, encontraba en las ciencias humanas su ambiente natural; como teoría cuyos conceptos y estructura categorial reproducían flexiblemente el desarrollo de la propia realidad. Dilapidada la sobrevida que había adquirido una vez pasado el momento de su realización, perdida la carga de universalidad que un día ambicionó, ella parece definitivamente reducida a un mero punto de vista, pesado y anacrónico, especialmente porque la propia evolución del capitalismo, la derrota política y el irremediable agotamiento de la pretendida transformación del mundo, parecen tornar obsoletas la constelación histórica y la ambición teórica que les permitieron nacer.

Pero a pesar de todo, ¿no continúa en pie el desafío al cual intentaba responder? ¿En qué lugar se encontraría otra orientación con el valor para pensar impiadosamente inclusive contra sí misma, en medio del “estércol de las contradicciones”? En sus



mejores días, esta perspectiva constituía “un preciso recurso contra la reducción positivista del hecho humano a la cosa, o al comportamiento fragmentado” (Giannotti, 1966: 7). Por más fuera de moda que esté, ella conserva sobre la ciencia convencional la ventaja, hija del escepticismo, de jamás olvidar que lo que los actores dicen no corresponde simplemente a lo que hacen, que las elecciones de los agentes no se dan en el limbo y no resumen el sentido global del proceso, que los individuos y las instituciones sólo pueden ser explicados históricamente y, fundamentalmente, que todo lo que existe merece perecer. Todo eso condicionado por la manera diferente de abordar el dato. Como dice Lucien Goldmann en sus últimos escritos:

“El gran valor de la dialéctica es precisamente el de no juzgar moralmente y no decir simplemente: queremos la democracia, es necesario introducirla, queremos la revolución, es necesario hacerla – sino preguntarse cuáles son las fuerzas reales para la transformación, cuál es la manera de encontrar en la realidad, en el objeto, en la sociedad, el sujeto de la transformación, para intentar hablar desde su perspectiva y asegurar, sabiendo perfectamente cuales son los riesgos de la frustración, el camino para llegar a la transformación”(1972: 117).

Salvo engaño, esos son algunos de los desafíos. No puede ni debe hacerse teoría política sin confrontarse con el mundo, como si se estuviese en otro lugar del mundo. Desde ese punto de vista, la internacionalización de la ciencia o de la teoría que estamos proponiendo pasa por la nuestra integración sudamericana, y debe ser supranacionalmente asumida, no para reproducir acriticamente la agenda intelectual que se tornó abstractamente mundial, y mucho menos para dejar la ‘teoría a los otros’.

Todos sabemos que como proyecto colectivo todavía estamos gateando, pero no por eso debemos hacer opción preferencial por la pobreza teórica. Al contrario, aquí como en cualquier otro lugar, es posible convertir el atraso en ventaja, la periferia en centro, siempre y cuando seamos capaces de enfrentarnos con los demonios de nuestro tiempo.

## Bibliografía

- Adorno 1969 “Aspectos”, en *Tres Estudios sobre Hegel* (Madrid: Taurus).
- Alexander, Jeffrey C. 1999 “A importância dos clássicos”, en Anthony Giddens y Jonathan Turner (Compiladores) *Teoría Social Hoje* (São Paulo: Editora Unesp).
- Berlin, Isaiah 1996 *The Sensy of Reality: Studies in ideas and their history* (London: Farret Streus & Giroux).
- Braudel, Fernand 1986 *História e Ciências Sociais* (Lisboa: Editorial Presença).
- Burke, Peter 2002 *História e Teoria Social* (São Paulo: Editora da Unesp).
- Quirino, Célia Galvão, Cláudio Vouga y Gildo Marçal Brandão 1998 (Compiladores) *Clássicos do Pensamento Político* (São Paulo: Edusp/Fapesp).
- Cohn, Gabriel 1997 “Teoría é para os outros”, en *Programas y Resumos (Caxam - bu) XX Encontro Anual da Anpocs*.
- Elster, Jon 1989 *Marx Hoje* (Rio de Janeiro: Paz y Terra).
- Giannotti, José Arthur 1966 “Prefacio”, en *Origens da Dialética do Trabalho* (São Paulo: Difel).
- Giddens, Anthony 1998 *Política, Sociologia e Teoría Social* (São Paulo: Editora da Unesp)
- Goldmann, Lucien 1972 *A Criação Cultural na Sociedade Moderna* (São Paulo: Difel).
- Gunnel, John G. 1993 *The Descent of Political Theory – The genealogy of an American vocation* (Chicago: The University of Chicago Press).
- Habermas, Jürgen 1981 *Theory of Communicative Action*. (Boston: Beacon Press) Vol. I: *Reason and the razionalization of society*.
- Hamilton, Alexander, James Madison y John Jay, 1984 *O Federalista* (Brasília: Editora da UnB).
- Horkheimer, Max 1975 “Filosofia y Teoría Crítica”, “Apêndice” a la “Teoría Tradicional y Teoría Crítica” Traducción brasilera, en *Benjamin, Horkheimer, Adorno, Habermas, coleção Os Pensadores* (São Paulo: Abril Cultural) Vol. XLVII.
- Kammler, Jorg 1971 “Objeto y método la ciencia política”, en Abendroth, Wolfgang y Kurt, Lenk *Introducción a la Ciencia Política* (Barcelona: Editorial Anagrama).
- Lessa, Renato, Janine Ribeiro, Renato y Soares, Luiz Eduardo 1998 “Por que rir da filosofia política?”, en *Revista Brasileira de Ciências Sociais*(São Paulo) N° 36, Anpocs, febrero.
- Lessa, Renato 2001 “Da arte de fazer as boas perguntas” en *Lua Nova* (São Paulo) N° 54, Cedec.

Miceli, Sérgio (Compilador) 2002 *O Que Ler na Ciência Social Brasileira, 1970-2002* (São Paulo: Editora Sumaré/Anpocs) Vol. IV.

Vianna, Luiz Werneck 1997 “Prefácio”, en Jasmin, Marcelo *Alexis de Tocqueville – a historiografia como ciencia da política* (Rio de Janeiro: ACESS Editora).

Wolin, Sheldon S. 1969 “Political Theory as a Vocation”, en *American Political Science Review*, APSA, Vol. LXIII, N° 4, diciembre.

Wolin, Sheldon S. 1960 *Politics and Vision. Continuity and innovation in Western political thought* (Boston: Little, Brown and Company, Inc.).

## Notas

1 “El período de institucionalización académica y profesional de las ciencias sociales en el Brasil coincide con una retracción en el esfuerzo de construcción de teoría. Los intentos más ambiciosos realizados en este sentido en el país se agotaron en el inicio de los años ‘60 (tal vez la polémica entre Guerreiro Ramos y Florestan Fernandes en los años ‘50 sobre la naturaleza y el papel de la teoría social sea decisiva para entender ese período). En las últimas décadas, el régimen militar, y en menor escala la preocupación en las cuestiones apremiantes de la “transición”, inhibieron una actividad que tendía a presentarse como un “lujo”, a ser dejada a otros en mejores condiciones. El problema, que viene de lejos, es: ¿quiénes son esos otros? Es bastante probable que las dificultades para identificarlos, e inclusive para tornar aceptables nombres y tendencias contemporáneas, haya contribuido a la tendencia al retorno directo a los clásicos (y su contrapartida, los modismos locales y pasajeros). En las nuevas condiciones de trabajo científico en escala mundial, la cuestión sobre los otros y sobre nosotros mismos ciertamente se redefine, y las cuestiones de fundamentación teórica vuelven en nuevos registros” (Cohn, 1997, traducción nuestra).

2 Cf. Sheldon S. Wolin (1960), Isaiah Berlin (1996). En la línea de Wolin, pero con los ojos puestos en las circunstancias brasileñas, el agudo comentario de Renato Lessa en el número especial de la revista *Lua Nova* dedicada a “Pensar el Brasil” (2001). Para una visión de los debates sobre la naturaleza de la teoría política en la academia norteamericana, John G. Gunnell (1993).

3 Entre la extensa literatura existente, cf. Jeffrey C. Alexander (1999).

4 Refiriéndose en el primero de los *Tres Estudios sobre Hegel* a la estrategia de discriminar “lo que está vivo y lo que está muerto” en un pensador clásico, Adorno dice que ella “anuncia, por parte de quien posee la cuestionable dicha de vivir después – y deba por su profesión ocuparse de aquel sobre el que haya de hablar- la desvergonzada pretensión de señalar soberanamente al difunto su puesto y, de este modo, colocarse en cierto sentido, por encima de él (...). No se lanza, en cambio, la pregunta inversa, la de qué significa el presente ante (él)” (1969: 15).

5 Keynes sabía que por detrás de cada economista vivo hay siempre un gran pensador muerto; los antropólogos, seguramente, y muchos de los sociólogos, que siempre son obligados a volver a los clásicos.

6 Lo cual podría complementarse con una política cultural diplomática más agresiva, que además de multiplicar la creación de centros de estudios brasileños en el exterior promoviese la traducción de las obras significativas e incentivase la publicación de artículos en revistas no restringidas a la temática 'étnica'.

7 Como en Fernand Braudel (1986). Para una lectura ponderada de la dependencia mutua entre estas áreas del saber, Peter Burke (2002). Entretanto, ninguna intervención reciente sobre las relaciones entre historia y ciencias sociales es tan brillante y precisa como el 'comentario crítico' de Fernando A. Novais al texto de Leopoldo Waizbort sobre "Influências e invenção na sociologia brasileira (Desiguais, porém combinados)", en Sérgio Miceli (2002).

8 Habermas, en su *Theory of Communicative Action. Vol. I: Reason and the rationalization of society*, considera que entre las ciencias sociales sólo la sociología mantuvo su capacidad de interpelar a la sociedad como un todo, rechazando la reducción a una ciencia especializada y asumiendo los problemas que la ciencia política y la economía fueron dejando de lado en la medida en que se convirtieron en disciplinas estrictas. Cf. Jürgen Habermas (1981).

9 Cf. Hamilton et al (1984: 149); y Horkheimer (1975: 168).

10 El marxismo hegeliano fue siempre enfático en la defensa de esta tesis, pero salvo engaño, ella fue compartida por casi todas las tendencias humanistas que se oponen al cientificismo dominante. Sin embargo, una excepción reciente, aunque de gran peso, es el historicismo de Quentin Skinner y J. G. A. Pocock, cuya importante obra legitimó a la historia de las ideas a los ojos del *mainstream*, aunque al precio de separarla radicalmente de la teoría política, llegando así, por una vía transversal, a los mismos resultados de la antigua 'revolución conductivista': una quería una teoría a-histórica, y la otra una historia a-teórica.

11 Desde perspectivas diferentes, Renato Janine Ribeiro, Luiz Eduardo Soares y Renato Lessa también exploraron la necesidad de esa alianza en sus intervenciones, en la mesa redonda 'Por que rir da filosofia política?' organizada por el último y publicada en el de la *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (São Paulo) N° 36, Anpocs, febrero de 1998.

12 Como en Sheldon S. Wolin (1960) y de un modo general en toda la teoría crítica.

13 Retomamos, en el contexto de origen, la reflexión desarrollada en 'Idéias y intelectuais: modo de usar', publicada en el número especial de *Lua Nova*, op. cit.